

COLECCIÓN
QUILOAZAS

LEER UN CANTO

• • •

LAURA ORTIZ



VERA editorial cartonera

LEER UN CANTO



A orillas del **QUILOAZAS** se fundó por primera vez la ciudad de Santa Fe. El rollo vino a quitarle al pueblo y al río más que el nombre. La palabra como acto hace revivir, porque de ella —como del río— se tira y se saca otro modo de nombrar, fundar y habitar.

LEER UN CANTO

COLECCIÓN
QUILOAZAS

• • •

LAURA ORTIZ



VERA editorial cartonera

COLECCIÓN QUILOAZAS

dirigida por Larisa Cumin

Leer un canto / Laura Ortiz. —1a ed.— Santa Fe:
Universidad Nacional del Litoral, 2020.

Libro digital, PDF—(Vera Cartonera / Gerbaudo,
Analía; Quiloazas; 6)

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-692-224-1

1. Crónicas. 2. Literatura Argentina. 3. Literatura
Contemporánea. I. Título.

CDD A860

© Laura Ortiz, 2020.

© de la editorial: Vera editorial cartonera, 2020.

Facultad de Humanidades y Ciencias UNL
Ciudad Universitaria, Santa Fe, Argentina
Contacto: veracartonera@fhuc.unl.edu.ar



Atribución/Reconocimiento-NoComercial-
CompartirIgual 4.0 Internacional

V

VERA editorial cartonera. Centro de Investigaciones
Teórico–Literarias de la Facultad de Humanidades
y Ciencias de la Universidad Nacional del Litoral.
Instituto de Humanidades y Ciencias Sociales
IHUCSO Litoral (UNL/Conicet). Programa Promoción
de la Lectura Ediciones UNL.



Directora Vera cartonera: Analía Gerbaudo

Asesoramiento editorial: Ivana Tosti

Corrección editorial: Laura Kiener

Diseño: Julián Balangero

Este libro fue compuesto con los tipos Alegreya
y Alegreya Sans, de Juan Pablo del Peral
(www.huertatipografica.com).

• • •

Tengo muchas ganas de fumar. La lancha se acerca a las primeras casas que se sostienen sobre pilotes de madera. Casas en zancos. Una Venecia negra. El cielo negro, el río negro, la selva negra, las personas negras. Personas enormes, altísimas como personajes de Avatar. No les entiendo muy bien cuando hablan, pero después de cinco horas chocando contra las olas oscuras del Pacífico, hemos generado una especie de absurda comunidad. Expusimos la vida juntos para llegar a Timbiquí, la intimidad persiste. Al ver las primeras casas, atino a sacar los cigarrillos de la mochila. Mientras algunas personas se bajan en un muelle de madera improvisado, me llevo el cigarrillo a la boca. Alguien me ve y grita justo antes de que prenda el encendedor. ¡No fume muchacha! ¡Nos va a volar a todos! Me sobresalto. El encendedor cae al fondo de la lancha, mojándose. Se ríen con ganas. Después de enfrentar al Pacífico durante cinco horas, en una máquina vieja y precaria, con chalecos salvavidas desinflados, resulta que casi mueren por la blanca mestiza que se quería fumar un pucho. Estamos rodeados de gasolina, recién ahora veo las manchas arcoíris sobre el agua. Timbiquí me recibe con carcajadas ante la muerte. No se enojan, están acostumbrados a burlar, literalmente, la muerte. Mi extranjería da risa y la risa me abre un puente para cruzar.

• • •

El único hotel de Timbiquí está lleno. Nos recomiendan que vayamos al batallón del ejército nacional a pedir refugio. Ni locas lo vamos a hacer, dormir entre hombres y armas. Dormir en un objetivo de guerra. Así que salimos a la plaza a llamar por celular a nuestras madres comunitarias, que son por ahora solo nombres en una lista blanca. Mientras esperamos a una de ellas, sentadas en un banco de cemento, vemos cómo todos los ojos nos cruzan con una mirada que encierra curiosidad y miedo. Al fondo se pasean unos oficiales del GAULA (Dirección Antisecuestro y Antiextorsión de la Policía Nacional), con unas metrallas enormes. Armas de última generación. Son más que un Robocop. Son unos Rambos mercenarios. También nos miran. Se nos acerca un hombre joven, muy bello y nos pregunta directamente: ¿Vienen por oro o por coca? – No, venimos a leer libros. Somos de bienestar familiar. Sonríe con todos los dientes y se va.

Emilse llega al rato, enorme, redonda, generosa. Nos ha conseguido una casa, dormiremos en la vivienda del profesor de Educación Física. Para llegar a la casa atravesamos una pista de aterrizaje. No tiene torre de control. Es una larga línea de cemento, rodeada de casas, plantas indomables y calles sin pavimentar. Justo vemos cómo sale una avioneta blanca, sin señales pintadas, ni placa. Al fondo de la pista dos militares del ejército de Colombia. Parece que alguien no ve la coca volando.

En la mitad de la casa de madera hay una foto enorme de Obama sonriente. La foto está enmarcada con vidrio antirreflejo y un borde grueso dorado. Es lo último que esperaba ver. La sonrisa coqueta de Barak. ¿Y esta foto? Pregunto, como una tonta. El profe no se ofende, me sonríe con la misma gracia de Obama y me dice, es nuestro presidente, el presidente negro. Hemos llegado a Marte. O mejor, a Colombia profunda.

A las 8 de la noche apagan la planta eléctrica que da luz al pueblo. Escuchamos el zumbido de selva. A las once un estallido. Al otro día sabremos que fue un petardo. Un ataque al bar de la esquina. No preguntamos más.

• • •

El primer hogar comunitario que visito es el de Lucha. Otra mujeronona. Mientras le hablo de libros prometidos y de la importancia de la lectura en la primera infancia, me mira con cara de piedra. No estoy segura si me está entendiendo, lo cierto es que cuando ella habla no siento que sea español. Los bebés gatean a nuestro alrededor.

Me ofrece un trago de biche preparado en casa, un alcohol artesanal embotellado en un envase plástico de agua. Es color crema y veo en su interior algunas hierbas flotantes. Sabe a Baileys, entonces pienso que es un inofensivo aperitivo social. Brindamos. Cinco minutos después estoy medio eufórica haciendo una improvisada función de títeres para los niños. Lucha se emociona, saca su guasá, un instrumento que se parece al palo de lluvia. Lo zarandea y canta: *Aunque mi amo me mate a la mina no voy, yo no quiero morirme en un socavón*. Los niños bailan haciendo una rueda. El biche, me hace un efecto medio alucinógeno, mi títere también baila, y veo ojitos de bebés por todos lados. Pero siento una pregunta pesada en la boca del estómago. ¿Por qué una mujer como Lucha, heredera de una rica tradición oral, hija de personas esclavizadas, sobreviviente de la guerra y del Estado, va a necesitar que yo le imponga un libro? ¿Qué fuerza secreta le da aún superioridad a la cultura escrita? ¿Qué estoy haciendo? Cuando me voy, intento darle un abrazo, pero ella me saca el cuerpo.

En la noche tengo una diarrea fuerte. Imparable. Durante el día recibí jugos, bebidas y cafés, que me brindaban las madres. Sin saber que el agua que bebe la población de Timbiquí viene del mismo río donde desembocan los residuos sólidos del pueblo y donde también cae el cianuro de la minería ilegal del oro.

Cuando apagan la planta eléctrica, sudando frío en la cama, con el run–run selvático pienso por un momento que me voy a morir. ¿Cómo va a hacer mi mamá para reclamar mi cadáver? Que me lleven en la avioneta de la coca, pienso antes de dormirme.

• • •

En contra de mis predicciones alucinatorias, sobrevivo. Sobrevivimos. Tatiana también está enferma, los mismos retorcijones despiadados, la misma diarrea. Toda la noche nos turnamos el baño. Sólo Sindy está bien. ¿Cómo hizo? Fácil, no recibió nada. Sindy tiene más años, más calle y se le nota. En la panadería del pueblo nos compra dos Gatorade. Le damos risa y pesar. Nos acaricia la cabeza.

Me siento en la mesa plástica a rellenar de afán las encuestas del día anterior. En la parte superior de la hoja todo el membrete institucional: Departamento para la prosperidad social y justo al lado el logo del Instituto Colombiano de bienestar familiar. Miro de reojo a una adolescente de diecisiete años que atraviesa la calle de tierra con un niño en brazos y dos niños más que la siguen. Todos van descalzos, menos el bebé. He aquí la viva imagen de la prosperidad y la familia colombiana. Prosperidad social ¿a quién se le ocurrirán estos nombres? Como la encuesta nos avergüenza, la inventamos.

Nombre: Lucrecia Arboleda.

Lucha.

Edad: 54

Inmortal.

¿Hace cuantos años es madre comunitaria? 34

Sin derecho a salud, vacaciones ni jubilación.

¿Nivel de estudios? Primaria completa.

No me consta.

Número de niños y niñas inscritos en su hogar comunitario: 9.

En realidad, son 13, si incluimos a los hijos y nietos de Lucha. Aunque podrían ser 14. Está Kevin, que es huérfano y lo cría su prima de catorce años. A Kevin, en verdad, lo cría Lucha y otras vecinas. Es un niño

gordito, que me mordió y me sacó sangre. Y luego se abrazó a mí como un bebé durante toda la visita. Kevin tiene seis años y no habla. Cuando me fui, me escupió.

¿Tiene usted agua potable en su casa? Sí.

Si agua potable es una manguera delgada que da a la turbulencia del río. Miento. No quiero que le saquen el hogar comunitario a Lucha. Tampoco quiero explicar que no hay acueducto en todo el pueblo. No hay espacio en el documento para hacerlo.

¿Baños? Sí. Uno.

Letrina bajo la palma.

¿Tiene Baño adaptado para niños y niñas? No

¿Qué? ¿Quién en foquin Colombia tiene esto?

¿Tiene luz eléctrica? Sí.

Todos los días de ocho de la mañana a ocho de la noche. Siempre y cuando ande la planta eléctrica a gasolina. Siempre y cuando llegue el barco con el combustible a tiempo. Siempre y cuando no haya toma guerrillera. Siempre y cuando el alcalde no se gaste la plata en cositas.

¿Cuenta con kit de emergencias, extintor, salidas de emergencia señalizadas, plan de evacuación? Sí.

Lucha conoce las plantas a falta de medicina. El centro de salud es para heridos graves, de guerra. Lo sé porque cuando pregunté por mi diarrea se me rieron. Es para enfermos de verdad, me dijeron. Extintor para qué, si hay solidaridad. Eso es para las ciudades donde la gente no tiene río ni sabe hacer cadenas humanas. ¿Plan de evacuación para cuatro metros cuadrados? Lucha les enseña a los niños el sonido de los tiros, para que se tiren al piso. Hace regularmente simulacros.

¿Incorpora actividades pedagógicas con niños y niñas? Sí. Actividades de reconocimiento de la cultura local y sensibilización musical.

Arrullos, alabaos, currulao, el tamborito, el abozao, el patacoré, la juga y el bunde. Madre África.

Algo para agregar: No.

Sí, en Timbiquí los están matando.

• • •

Como soy la coordinadora de este trío frágil, debo encontrar un lancharo que nos lleve río arriba a visitar otro hogar comunitario, en una vereda en la selva. Intimidadas en el puerto, tratamos de parecer mujeres aguerridas y orientadas. Negocio con un hombre joven al que le veo cara de bueno. No tengo cómo saber si nos estafan con el precio. Seguramente sí y lo comprendo.

Otra vez al río. Verde manglar. Sopor verde. Todo resuena generando un zumbido misterioso. La vida, violenta, estallando en células, fluidos y especies. En esas el lancharo canta: “*Río timbiquí déjame subí, déjame subí tranquilo no me vayas a hundí*”. Su voz nos arrulla, pero la letra nos pone alerta. Éxtasis paranoico.

Aparece en la mitad del camino una lancha negra enorme. Hay ropa militar que cuelga de un tendedero improvisado. Varios jóvenes armados con metralletas fuman, sentados en bancos de plástico. Otro, casi un niño, está pescando. Da la impresión triste, de que llevan meses viviendo así, mojados, aburridos, recalentados en una maldita lancha. Un vozarrón nos grita: ¡Somos Ejército nacional de Colombia! Orille la embarcación. El lancharo obedece. Identifíquense nos grita, aunque ya estamos a un metro de distancia. Le pasamos nuestras cédulas y nuestra lancha tambalea. Somos de Bienestar Familiar, hacemos parte del programa Fiesta de la lectura, venimos a capacitar a las madres comunitarias en literatura infantil, traemos libros. Digo yo, con voz temblorosa y miedo de que la diarrea regrese. Pasen. Dice el militar seco con un rostro impenetrable. Menos mal no nos piden identificación del ICBF, nos mandaron a la selva,

sin siquiera un carnet o una fotocopia que acredite nuestro rol en el programa.

Unos diez minutos más de viaje y vemos otra vez las casas en zancos a lo lejos. Vamos llegando. Una bandera ondea, en un asta sobre la arena, en la mitad del caserío. Parece la de Colombia, pero tiene algo en el centro. Apenas me bajo de la lancha, entrecierro los ojos para enfocar la bandera contra el cielo azul. Lo que tiene en el centro es un mapa de Colombia y adentro dos fusiles cruzados, un libro y unas letras *bold* que dicen: FARC-EP. Bajo la cabeza azorada. Maldigo. Ojalá no me hayan visto mirar la bandera como la turista que soy. Entonces veo las casas, están todas grafiteadas. En sus fachadas de madera dice en letras grandes: frente 29 de las FARC. Como quien escribe en un cuaderno, propiedad de fulanita de tal. También hay esténciles con la cara de un viejo barbudo que dice: Alfonso Cano vive. Ahí nos miramos las tres, en un microsegundo nos comunicamos telepáticamente. Con los ojos nos decimos, jueputa, dónde estamos, tranquilas, disimulen.

Preguntamos por la casa de Martha. Es la última de la derecha. No hay cómo perderse, debe haber quince casas en total. Rodeadas por la selva tupida. Se nos acerca una mamá con un bebé que llora y nos muestra un forúnculo muy inflamado en su cola pequeñita. ¿Qué hago doctora? No entendemos. Los niños alrededor comienzan a llorar. Aparece Martha, nos saluda y le dice a la señora que no somos médicas. Los niños piensan que venimos a vacunarlos. Aquí los únicos blancos que llegan son los de médicos sin fronteras, nos dice riendo Martha. Consuela a los niños y los invita a su casa. En el breve recorrido a la casa de Martha se va formando una procesión, niños y niñas que saltan de todas las casas para seguirnos. Si nos fijamos bien, no hay hombres.

En un ambiente de nueve metros cuadrados nos apretujamos treinta personas, no sólo están los bebés del hogar comunitario, hay niños de todas las edades y un solo adolescente de trece años. Lo más cercano a un hombre que hay en el caserío. El chico le cuenta en voz baja a Tatiana, que va a tener que irse al monte a “trabajar” porque no hubo cupo en el colegio secundario de Timbiquí.

Sacamos los libros y los títeres. Cantamos, hacemos rondas, leemos a los gritos. Los libros despiertan en los más chiquitos una chispa. Los miran y acarician con la pupila dilatada, con una fascinación parecida a la de los niños de Bogotá con el iPad. En este caserío no hay luz eléctrica, ni gas, hay radios que funcionan con pilas. Se cocina a leña y no es raro que el jaguar ronde la huerta. Es posible que sea el primer libro que vean. Pienso que al menos no es la biblia, es Maurice Sendak. Extendemos un rollo de papel *kraft* y les damos tizas de colores a los niños. De nuevo la fascinación. La de ellos porque no conocen la tiza y la de nosotras porque no podemos creer que no la conozcan. Cuando los miro de nuevo, en medio de la algarabía, veo que los más chiquitos son de todos los colores. Descubrieron que la tiza resplandece sobre sus pieles negras y se pintan unos a otros. Un espectáculo de bracitos y manos, cooperación artística. *Body painting* o pintura tribal, en diminuto. El papel queda en el olvido, por todos lados niños y niñas multicolor, que se abalanzan a abrazarnos sin ningún pudor, incluso violentamente.

Se viene encima el atardecer, tenemos que salir de San Miguel si queremos llegar de día a Timbiquí. Nuestro lancharo, está impaciente, aunque también le causa gracia ver la procesión de niños coloreados y mujeres que nos acompaña de vuelta a la lancha. Abrazos por todos lados y sobre nuestras cabezas la bandera de las FARC. Colombia la surrealista. Mientras nos subimos a la embarcación, las mujeres y las niñas se forman como en un coro y rompen a cantar. Sus vozarrones negros inundan el manglar, suenan más fuerte que el motor de la lancha. Alcanzo a entender algunas palabras del canto: bendiciones, adiós, travesía. Nos saludan con la mano, ondeando cariño. Algunos niños grandes se clavan al río y nadan saltando como delfines alrededor de la lancha. Somos tres intrusas con títeres a las que conocen sólo por una tarde y nos despiden con honores. Miro a Sindy y a Tatiana, ellas también están llorando.

Avanzamos hasta que las casitas y la bandera se vuelven diminutas. Volvemos a pasar el retén militar, como para recordar que, en la guerra, más que bandos hay negociados.

• • •

En la mitad de la nada, la lancha se apaga. La selva grita, húmeda. El lanchero dice que nos varamos. Sindy comienza a mirar paranoica a los manglares. Somos hijas de los ochentas, criadas a punta de noticieros de guerra y de emisoras especializadas como *las voces del secuestro*, en donde 24 horas al día los familiares envían mensajes de amor y desesperación a los miles de secuestrados en la selva. Yo miro a los ojos a nuestro joven lanchero, quiero saber si nos está diciendo la verdad. Veo miedo en sus pupilas. Animales humanos que se olfatean.

Siento otra vez el retorcijón. Sindy, nerviosa lo apura llamándolo amigo: Hágale, amigo, desahogue ese motor. Pienso en la foto cadavérica de Ingrid Betancourt, no quiero pasar seis años secuestrada. Empiezo a fantasear con que si salen los guerrilleros del manglar, les diremos que somos de izquierda, de universidad pública y que no vale la pena secuestrarnos. Y ellos barbudos nos dirán: continúen compañeras y nos daremos la mano. Qué tonta que soy a veces.

Tatiana está asustada pero también alucinada. Observa y escucha la selva a nuestro alrededor. Abre los brazos y dice: gracias papá Dios. Tatiana es cristiana. Saco de mi mochila el celular y pongo la canción de Carlos Vives que se llama Papá Dios. Tenemos un par de minutos de éxtasis paranoide y tropical. La lancha prende. Los cuatro nos miramos aliviados.

• • •

Tras unos días, estalló la solidaridad de las mujeres. Se corrió la voz entre las madres sobre nosotras. Y nos propusieron hacer un taller que incluyera a todas las madres comunitarias de la región y no solo aquellas que fueron seleccionadas en un

*tin marín de do pingué*¹ sobre una tabla de Excel, en una oficina lúgubre en Bogotá. Hablamos con el director turbio, de la fundación que nos subcontrata. Nos dice que no tenemos los recursos para hacer un taller grande. Al final de ese año el director cambiará su viejo escarabajo por una camioneta último modelo y comprará un apartamento en un barrio bohemio chic de la capital. Los lobos y sus trajes suavectos de ONG.

Las madres nos dicen que no nos preocupemos, que ellas pagarán sus lanchas para participar. Algunas llegan remando en chalupas con cuadernos blanditos por la humedad y lapiceras viejas. Conseguimos que nos presten la escuela primaria durante un sábado. Compramos pan, queso, jamón y varios litros de gaseosa. Papel, vinilos, lápices. Nos prestan un proyector en el centro de salud. Ya está. Si ellas pueden llegar desde sus ranchitos en zancos, nosotras podemos llegar con nuestra cara y nuestros bolsillos.

Un día intenso. Hacemos un taller de juegos tradicionales, un taller de lenguajes plásticos para la primera infancia, un taller de expresión corporal y una introducción a la historia de la literatura infantil. Me siento sudada y ridícula hablando de *Pedro Melenas* en un aula diminuta llena de matronas, potentes y curtidas. Vocalizo exageradamente, intento hacer chistes fáciles. Me miran en silencio. Serias. Dudo. Dudo sobre la cobertura y la extensión en el tiempo de estos programas. ¿Qué podemos hacer en tres visitas al territorio? Dudo sobre la pertinencia de mis referentes, sobre mis habilidades pedagógicas, sobre este tipo de programas que a veces se sienten tan parecidos a empresas colonizadoras. Dudo de ellas. ¿Por qué vinieron en chalupas y lanchas? ¿Por qué vinieron río arriba para oírme hablar de un libro alemán del siglo XIX? ¿De qué sirven los libros en medio de la guerra? ¿No sería mejor que el Estado mandara médicos, que abriera una universidad técnica, que hiciera un acueducto o un trazado eléctrico? Dudo de mí misma. De mi idea de progreso, que piensa que estas comunidades necesitan carreteras y capitalismo.

¹ Ronda infantil utilizada para elegir equipos. Equivalente al "Terrome Terrome, tesín tesán..."

Dudo de mi corazón aburguesado que sufre cuando ve gente sin zapatos. Como si estos fueran el bienestar universal y supremo. Me abro paso entre la duda hasta finalizar el taller. Las madres siguen sin sonreír. De pronto me aplauden, suena como lluvia que mitiga el sofoco.

Cae esa luz amarilla de la tarde. Nos paramos frente a las mujeres y decimos algunas palabras de cierre. Las mujeres vuelven a aplaudir, el aplauso se transforma en un ritmo. Comienzan a cantar con sus vozarrones. Un coro góspel de la selva pacífica. Suena durísimo. Apoyamos la espalda contra el pizarrón y sentimos cómo nos atropella un canto. Un caudal. Otra vez estamos llorando las tres. La duda cae. En el canto recibimos una historia muy vieja que no podría traducir y que se parece a la indisciplina de seguir vivas.

• • •

Cuando era niña el grupo musical infantil de moda, llamado Oki Doki tenía una canción que se llamaba: *Paren no disparen*. Tendría ocho años, me subía a la cama de mis papás y cantaba a todo pulmón, con un cepillo que hacía de micrófono: *paren, paren, paren, no disparen. No destruyan el mundo. Que viva, viva, viva la vida yo no quiero ser difunto*. Esas eran canciones para niños colombianos de los ochenta, tranquilamente y sin escándalo.

El año pasado, estando en Buenos Aires, releí por cuarta vez *Cien años de soledad*, y me di cuenta de que era un libro sobre la guerra. Fue tremendo notar que la tenía tan naturalizada, que no la veía. El coronel Aureliano, era para mí el viejito de los pescaditos de oro. No, un guerrillero traicionado.

El 24 de noviembre de 2016 se firmó un histórico acuerdo de paz con la guerrilla de las FARC. Serían dos veces traicionados, como Aureliano Buendía. Primero por el pueblo colombiano que votó masivamente para no ratificar los acuerdos en un sórdido plebiscito. En Timbiquí ganó el sí a la paz con el 94.08 % de los votos. Ahora, los

acuerdos se traicionan lentamente con las modificaciones del partido de derecha que gobierna a Colombia.

Ayer, 19 de diciembre de 2018, encontraron el cadáver de Viviana Muñoz Marín, funcionaria de la Agencia para la Reincorporación y la Normalización (ARN), en el Caquetá. Una psicóloga que trabajaba con reinsertados de las FARC.

La ira que siento no es odio. Todavía me arde el cuerpo con el recuerdo de los abrazos que recibí en la selva, en esos días del 2012, en que truqueamos palabras por cantos. Pienso en los niños descalzos de Timbiquí y no se me ocurre cómo cerrar este texto, sino parafraseando a la película *La vendedora de rosas*: ¿Pa' qué zapatos si no hay país, pa' qué hijueputas?



- **LAURA ORTIZ**

(Bogotá, 1986) estudió literatura en la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá. Ha trabajado en diversos proyectos de promoción de lectura y escritura a lo largo del territorio colombiano (Biblored, Fiesta de la lectura y Red Nacional de bibliotecas públicas). Actualmente cursa la Maestría de escritura creativa en la Universidad Nacional de Tres de Febrero. Obtuvo el estímulo “Becas para colombianos en proceso de formación artística y cultural en el exterior” del Ministerio de Cultura de Colombia. Es entusiasta de la literatura infantil e ilustradora freelance.



UNIVERSIDAD NACIONAL DEL LITORAL

ENRIQUE MAMMARELLA

Rector

LAURA TARABELLA

Decana Facultad de Humanidades y Ciencias